granada y el romancero

MANUEL ALVAR

temas de nuestra andalucia

58

EDITA:

OBRA CULTURAL DE LA
CAJA GENERAL DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE GRANADA

FOTOS:
Studio 5'6

DISTRIBUYE:
Miguel Sánchez
Marqués de Mondejar, 44

IMPRIME:
Copartgraf, s. coop.
Cno. de Albolote, s/n Maracena

Depósito legal: 640/1982

La publicación por la CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA de esta colección de monografías inicia una nueva etapa en su labor de divulgación cultural y de exaltación de los valores de la región sobre la que proyecta sus actividades.

A estos fascículos vendrán comarcas y rincones, conjuntos monumentales, museos y aspectos varios de la cultura y de las formas del vivir que van de la literatura al arte, de la música a la canción popular, de la industria local a la gastronomía. Y cada una de estas facetas serán interpretadas por las más prestigiosas plumas de nuestro contorno literario.

Quiere así la CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA despertar la curiosidad de nuestro pueblo hacia la realidad cotidiana que por estar demasiado cerca se nos escapa hacia un peligroso olvido. Venimos a valorar lo casero y doméstico pero sin trasnochada prosa de ditirambo, tratando estos temas con un riguroso rigor científico que no los distancie, sino que los acerque al pueblo. Creemos así hacer cultura de la forma más moderna y positiva y contribuir, a la par, a hacer la vida más humana y más bella en estos años que vivimos. Queremos volver a lograr que las gentes sientan los afanes de la cultura, no por lo que tenga de posibilidades de rentabilidad, sino de puro deleite y de ennoblecimiento del pueblo.

Estos fascículos vienen a llenar un vacío editorial en nuestra región; su publicación se irá justificando por la acogida que tengan en la calle. Dejarán de publicarse cuando descubriéramos que se proyectaban para núcleos excesivamente familiares; seguirán apareciendo en tanto que contribuyan al mejor conocimiento de nuestras cosas y a acrecentar el cariño por nuestra historia, nuestro arte y nuestras costumbres. Cada fascículo lo lanzaremos como un remanso de inquietud espiritual en esta sociedad preocupada por el consumo y con paso de vértigo en que nos está tocando vivir. Conscientes del valor de esta geografía de milagro en que se conjugan la montaña, el mar y el arte, nuestras monografías ilustradas aspiran a acertar en el afán que impulsó su aparición: sacar a la calle inquietudes culturales proyectando hacia derroteros nacionales y universales los valores que tenemos más cercanos a nuestra vida cotidiana.

A fuerza de televisión, de agencias de noticias, de télex y de máquinas computadoras, el lejano mundo de los tiempos pasados se nos viene a las manos pero se nos escapa y distancia la torrecilla de nuestro barrio, la copla de la plaza y el vinillo de la región.

granada y el romancero

MANUEL ALVAR

¿QUE CASTILLOS SON AQUELLOS?

Con Ibn Zanirak se extinguía la poesía hispanomusulmana; pero los ojos del último gran poeta arábigoandaluz pudieron cerrarse con la imagen, perfecta ya, de la Alhambra:

La Sabika es una corona sobre la frente de Granada
en la que querrían incrustarse los astros.
Y la Alhambra (¡Dios vele por ella!)
es un rubí en lo alto de esa corona.

Con esta misma visión se abrieron unos años más tarde los ojos de Juan II y, a través de las deslumbradas pupilas del rey castellano, Granada empezaba su peregrinación hacia los pueblos de Occidente. Por fortuna, el mismo Dios que tan celosamente veló por la Alhambra, ha guardado, también, su nacimiento en la literatura castellana. El 27 de junio de 1431, el real de Juan II se sentaba en Sierra Elvira; la tienda del rey "descollaba en el ángulo meridional, en un suave recuesto sombreado por las espesas hojas de una encina bravía"; el príncipe Yúçuf Abenalmao, en futuro Yúçuf IV, esperaba del rey castellano ayudas que le alzaran hasta el trono de la Alhambra. Su esperanza no fue defraudada: el año 1432 empezó con el entronizamiento del nuevo rey. Pues bien, este príncipe enemigo de Mohamed el Izquierdo, es el Abenámar del romancero. También sabemos la presencia del rey cristiano: el 27 de junio de 1431 precedía con sólo cuatro días a la batalla de Higueruela, en la que Juan II y don Alvaro de Luna cortaron los laureles de su único triunfo contra la morisma. En aquella ocasión el rey no faltó a los suyos, y los versos marmóreos de Juan de Mena lo inmortalizaron en su correría por tierras granadinas:

Con dos cuarentenas e mas de millares
le vimos de gentes armadas a punto,
sin otro más pueblo inerme allí junto,
entrar por la vega talando olivares,
tomando castillos, ganando lugares,
faciendo por miedo de tanta mesnada
con toda su tierra temblar a Granada,
temblar las arenas, fondón de los mares.

(Copla 148.)

E vimos las sombra de aquella figuera
donde a desora se vido criado
de muertos e pieças un nuevo collado,
temblar las arenas, fondón de los mares.

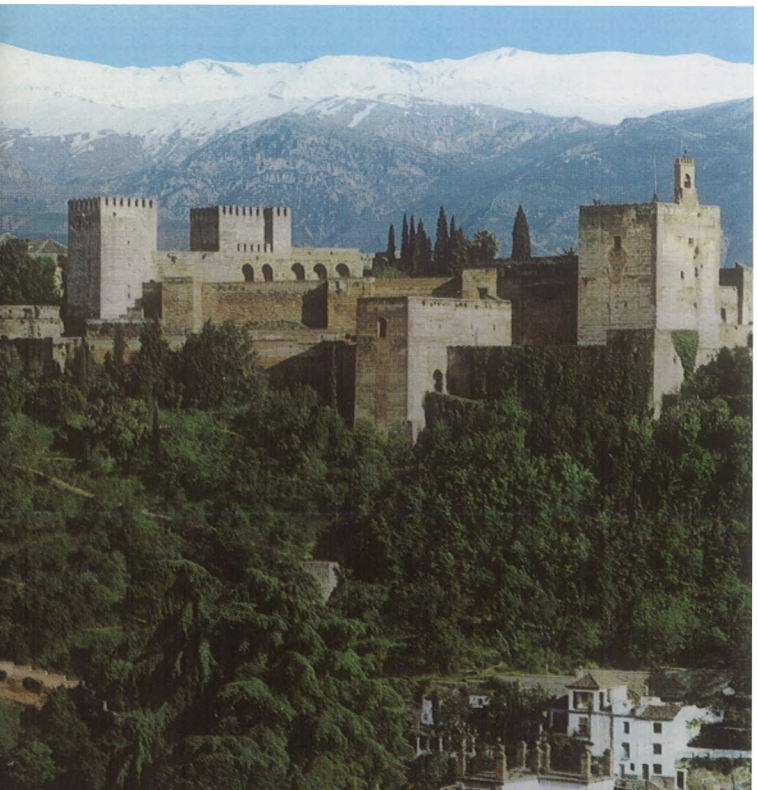
(Copla 151.)

Pero antes que la matanza formara collados con sus muertos, como el simún con las arenas del Sáhara, Juan II y Abenalmao vieron un paisaje en el que nuestros ojos se prendieron cada día y que, con los Alixares, se puede contemplar en la sala escurialense de las batallas:

—¿Qué castillos son aquéllos?
—El Alhambra era, señor,
los otros los Alixares
El moro que los labraba
y el día que no los labra
desque los tuvo labrados
porque no labre otros tales
el otro Torres Bermejas,
el otro el Generalife,
—¡Altos son y relucían!
y la otra la Mezquita;
labrados a maravilla.
cien doblas ganaba al día,
otras tantas se perdía;
el rey le quitó la vida
al rey del Andalucía;
castillo de gran valía;
huerta que par no tenía.

A duras penas volveremos a encontrar la minuciosidad en los romances fronterizos del siglo XV. Granada ha definido en un día de sol y triunfo sus perfiles concretos. En adelante, importarán los hombres y la generosidad de su esfuerzo. De cuando en cuando, la pincelada ambientadora —el edificio, la vega, las calles y nada más—: cuando está en juego la misma razón de ser de las cosas lo que importa no es el matiz, sino la esencia. Por eso la guerra de Granada dará a la literatura la dignidad del hombre, su dimensión en altura y en profundidad, e ignorará todo aquello que no sea capaz de crear modelos de ejemplaridad para los oyentes. No olvidemos que "los romances empiezan a ser oídos en los palacios desde 1445, que sepamos, en la corte de Alfonso V de Aragón, y desde 1462 en la de Enrique IV de Castilla, y luego en la de los Reyes Católicos; en Aragón servían de modelo a la poesía trovadoresca; en Castilla eran principalmente estimados en su aspecto de poesía política, destinada a mantener el público interés despierto hacia la guerra de Granada".

LA ALHAMBRA.



PORQUE ALHAMA ERA PERDIDA

La guerra de Granada empieza —para la poesía— con el asalto de Alhama. Mal pensarían Juan de Ortega y Martín Galindo que con sus escalas ascendía un mundo de vibraciones líricas. Pero así fue. Y Alimuley Abenhazen de Granada sentiría comezón, y no escasa, por las treguas rotas en Zahara y por quello de "perro que a lobo mata, la mata el lobo". Come-

VISTA DE ALHAMA.

zón que no disimulan los romances que lo siguen por las calles granadinas y nos le muestran abrumado por la derrota y codicioso del desquite:

Paseábase el rey moro — *por la ciudad de Granada,*
desde la puerta de Elvira, — *hasta la de Vivarrambla*
Cartas le fueron venidas — *cómo Alhama era ganada.*

¡Ay de mi Alhama!

Las cartas echó en el fuego — *y al mensajero matara;*
echó mano a sus cabellos — *y las sus barbas mesaba.*
Apeóse de la mula — *y en un caballo cabalga;*
por el Zacatín arriba — *subido había a la Alhambra.*

Ginés Pérez de Hita fantaseó a propósito de nuestro romance, y en la treta de su invención cayó el benemérito Schack. Más cautos, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, negaron verdad a las palabras del autor de *Las guerras de Granada* ("Este romance se hizo en arávigo en aquella ocasión de la pérdida de Alhama, el qual era en quella lengua mũy doloroso y triste, tanto, que vino a vedarse en Granada que no se cantasse, porque cada vez que lo cantaban en cualquier parte, provocaba a llanto y. dolor"), aunque don Marcelino, meditando en el espíritu de la composición —lamentación del vencido, y no canto triunfal del vencedor— y en algún otro motivo, se inclinaba a pensar en una posible influencia arábiga. Las crónicas castellanas no abundan en interpretaciones desde el campo moro; se limitan a la enumeración de los hechos dentro del real cristiano: es ésta una clara diferenciación a establecer entre las narraciones en prosa y las poéticas; aquéllas sumisas al espíritu de los conquistadores, éstas bajo la forma de "romances moriscos" inclinadas a la narración dentro del campo árabe; sin embargo, en la crónica de Hernando del Pulgar hay una visión de dolor y derrota tomada en el campo moro, y que convendría poner en paragón con las elegías poéticas a la

pérdida de alguna ciudad. Me refiero al llanto por la ruina de Málaga: "Los moros e moras que desampararon sus casas, esperando la muerte o el captiverio en las agenas, andando por las calles, torcían sus manos, e alzando sus ojos al cielo decían:

> " ¡Oh Málaga, cibdad nombrada e muy fermosa, cómo te desamparan tus naturales. ¿Púdolos tu tierra criar en la vida, e no los pudo cobijar en la muerte? ¿Do está la fermosura de tus torres? No pudo la grandeza de tus muros defender sus moradores, porque tienen ayrado su criador. ¿Qué farán tus viejos e tus matronas? ¿Qué farán las doncellas criadas en señorío delicado, cuando se vieren en dura servidumbre? ¿Podrán por ventura los christianos tus enemigos arrancar los niños de los brazos de sus madres, apartar los fijos de sus padres, los maridos de sus mujeres, sin que derramen lágrimas?"

"Estas palabras e otras semejantes decían con el dolor que sentían con ver cómo perdían su tierra e su libertad."

La narración de la pérdida de Alhama quedaría incompleta sin aducir los romances de la prisión del alcaide de la ciudad. El cancionero de romances de 1550 nos ha conservado sobre ella un poema muy breve, pero que en su concisión nada olvida para crear un clima emocionado: ni la ira del rey, ni la justificación del alcaide, ni su humano dolor:

Moro alcaide, moro alcaide,
el rey os manda prender
—Si el rey me manda prender
el rey lo puede hacer,
porque yo era ido a Ronda
yo dejé cobro en Alhama,
Si el rey perdió su ciudad,
perdí mi mujer y hijos,
el de la barba vellida,
porque Alhama era perdida.
porque es Alhama perdida,
más yo nada le debía
a bodas de una mi prima
el mejor que yo podía.
yo perdí cuanto tenía:
¡la cosa que más quería!

Alguna vez se ha señalado la relación de éstos con otros versos del romancero tradicional; sin embargo, nunca que yo sepa se ha establecido la íntima dependencia que

TOMA DE LOJA (SILLERIA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO).

DONCEL DE SIGUENZA.

hay entre el romance y la *Crónica* de Pulgar. Creo que el cotejo es ilustrador: "Los asaltantes de Alhama entraron la barrera e subieron en el muro e mataron al moro que lo guardaba, e a los otros moros que fallaron en la guardia del castillo, e prendieron a la mujer del Alcayde, e a otras mujeres que estaban con ella, porque el Alcayde no estaba alli que era ido a unas bodas a Vélez Málaga." Las minucias anteriores son desconocidas de los otros cronistas del suceso, lo que me hace pensar en las relaciones del romance y la Crónica. El carácter sentimental y novelesco del motivo (prisión de la mujer del alcalde, el pretexto de las bodas), aunque pudiera ser real, haría pensar a los demás historiadores en un aditamento meramente literario. Se ve esto con claridad si cotejamos la crónica de Pulgar con la de Bernáldez y observamos que, a pesar de su proximidad, en la narración del cura de los Palacios cabe el degüello de los centinelas, pero no se admiten ninguna de las otras cuestiones. Razones que me llevan a pensar en la prosificación del romance, dentro de la narración histórica.

UN CABALLERO PASEA

La guerra y la mar, para los hombres es hecha. Y como en el viejo refrán, ríos de hombres caminaban hacia la guerra de Granada, mar en el que acabaron muchas vidas. Donceles que como ríos, ya no pudieron remontar su curso. Aquí aquel don Juan de Padilla, a quien la Reina Católica llamaba cariñosamente "el mi loco"; aquí quedó —su caballo enfangado— Martín Vázquez de Arce, doncel —hoy todavía— en la catedral de Sigüenza; aquí don Gutierre de Sotomayor, conde de Belalcázar, o por su gallardía, el "Conde lozano", y aquí don Rodrigo Girón, el maestre de los romances. Todos esforzados en pugna de esforzados. Por eso la vida les resultó ligera y pudieron acabar sin granazón.

Ante las puertas de Granada se idealiza el tipo de guerrero en dechado de caballerosidad y gentileza. A don Rodrigo Téllez Girón le sobraban dotes personales para convertirse en arquetipo. Por si aún fuera poco, los hados jugaron a coronarle con cierto nimbo sentimental. Fue su padre don Pedro Girón, turbulento y ambicioso maestre de Calatrava, conquistador de Archidona y pretendiente de la Reina Católica. De sus amores ilícitos con doña Isabel Casasús le nacieron dos hijos mellizos, don Rodrigo y don Juan: el primero llegó a ser maestre de Calatrava a los doce años, y el segundo conde de Ureña. Cuenta Antonio de Torquenada en su *Jardín de flores curiosas* que, cuando niños, los dos hermanos tuvieron tal maravillosa simpatía que, al despertar después de largo sueño en la cuna, tenían sus cutis adheridos y las dueñas que los cuidaban debían separarlos con bálsamo suave. Pongamos en cuarentena la simpatía y acordémonos de Cervantes: "el autor de ese libro [*Don Olivante de Laura*] —dijo el cura— fue el mismo que compuso a *Jardín de flores:* y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o, por mejor decir, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante." Ya era bastante que en torno a los hermanos se pudiera urdir la leyenda. Y, para que nada faltase al bueno de don Rodrigo, una muerte a los veintitantos años que servía para honrar toda una vida y de asfódelo para las banderías de mancebo en el partido de la Beltraneja.

La historicidad de los romances referidos al Maestre de Calatrava parece cierta unas veces; otras, es pura fantasía. Lo notable es que en torno a don Rodrigo Téllez Girón se urdan unas cuantas verdades —no suyas, sino de su sucesor don García López de Padilla—, con otras fabulosas invenciones. Si, como parece, el culpable de todo ello es Ginés Pérez de Hita, habrá que cargar en la cuenta del vecino de Mula las falsedades cronológicas que denunció Cirot, y el haber fundido en un solo Maestre las personalidades —tan distantes— de los dos últimos que tuvo la Orden de Calatrava. Aunque históricamente haya una verdad que atañe a López Padilla, poéticamente los versos evocan —siempre— a la figura bizarra de Téllez Girón.

El romancero nos ha retratado con cariño al maestre: gallardo, cortés, esforzado, valiente hasta la temeridad. La Vega supo de sus andanzas y fue palenque de sus victorias. Hasta la Alhambra subía el brillo de su presencia, y hasta el infierno bajó el alma de algún moro que se atravesó en su camino:

Por la vega de Granada
en un caballo morcillo
un caballero pasea
ensillado a la gineta

. . . . . .

Los relinchos del caballo
Vídelo habían las damas
Salen de presto a mirar
vieron que en su lado izquierdo
dentro en la Alhambra suenan.
que están vistiendo a la reina:
por allí a ver quién pasea;
traía una cruz bermeja

. . . . . .

La reina, cuando lo supo,
acompañada de damas
El Maestre la conoce,
la reina le hace mesura.
vistiérase muy de priesa;
asomóse a una azotea.
bajado le ha, la cabeza;
y las demás reverencia...

Ni la misma puerta de Elvira está libre del esfuerzo de don Rodrigo Girón:

¡Ay Dios, qué buen caballero
¡Oh, cuán bien corre los moros
con trecientos caballeros,
el Maestre de Calatrava!
por la vega de Granada
todos con cruz colorada,

desde la Puerta del Pino
Por esa Puerta de Elvira
las puertas eran de hierro
hasta la Sierra Nevada!
arrojara la su lanza:
de banda a banda las pasa...

Un romance nos puede servir de resumen de otras correrías del Maestre: sus desafíos, sus combates, su buenandanza... Fragmentariamente es como sigue:

De Granada parte el moro
primo hermano de Bayaldos,
caballero en un caballo
que Alatar se llamaba,
el que el maestre matara,
que de diez años pasaba.

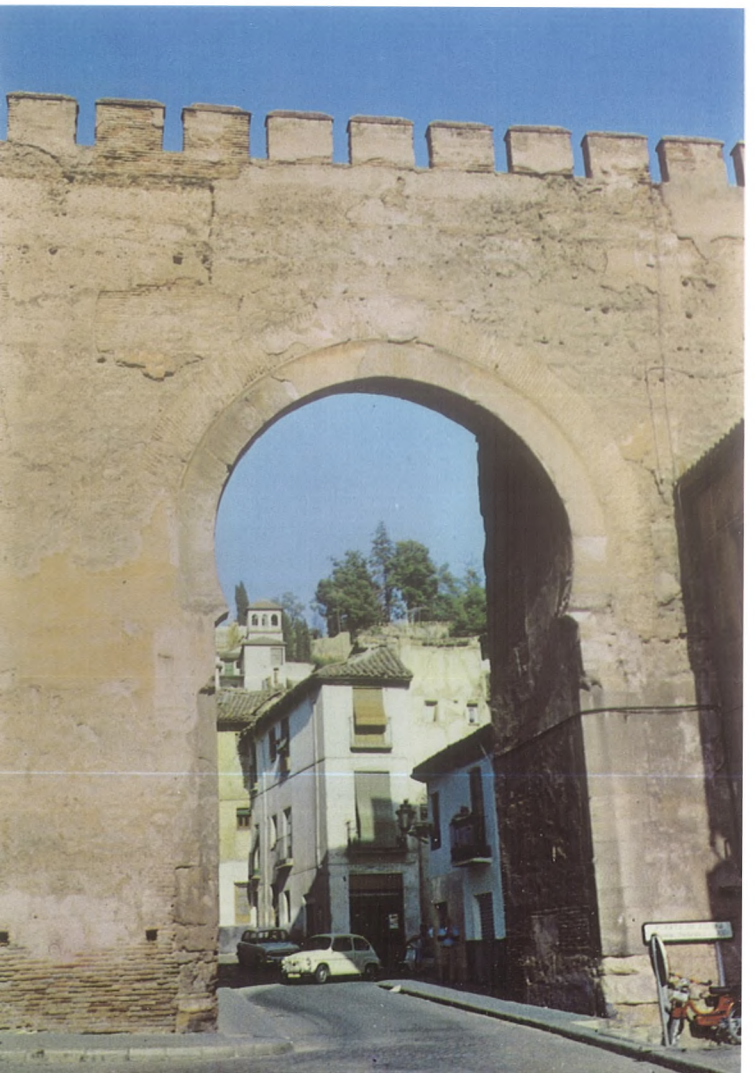
. . . . . .

Antes que llegue a Antequera
vido una seña cristiana:

. . . . . .

Sáleselo a recibir
arremete el uno al otro,
¡Por Alá, perro cristiano,
Y el Maestre entre sí mesmo
Ya andaba cansado el moro,
el Maestre que es valiente
Acometió recio al moro,
el caballo que era bueno,
la cabeza en el arzón
el Maestre de Calatrava,
el moro gran grito daba:
te prenderé por la barba!
a Jesús se encomendaba.
su caballo ya cansaba;
muy gran esfuerzo tomara.
la cabeza le cortara,
al rey se lo presentara,
porque supiese la causa.

PUERTA DE ELVIRA.



Estos romances fronterizos, con su carácter de gaceta y noticiario de hechos memorables, suministraron unos datos heterogéneos referidos a don García López de Padilla, a don Diego de Castrillo, y sólo por algún detalle aislado, o por el eco sonoro de su recuerdo, a don Rodrigo Téllez Girón. Con esos materiales se zurció una historia mucho más novelesca que vino a pervivir en *Las guerras de Granada* y, por último, irrumpió en la palestra con los nuevos romancistas. Ginés Pérez de Hita, nos hace luchar al Maestre con el moro Muza: lo lleva a Granada a vencer en unas justas y, yendo más lejos que el romancero, no sólo derrota a Albayaldos, sino que le administra las aguas bautismales. Cuando en 1600 se publica el *Romancero General, Las guerras de Granada* llevan ya cinco años de andadura afortunada. Ella suministran materiales o evocaciones a las nuevas generaciones de romancistas, y ellas aprovecharon también, como veremos más adelante, los frutos de aquellos mozos —Lope, Liñán—, que por entonces comenzaban. Se hace tópica la entrada

del Maestre en Granada para asistir a un torneo; se reitera el motivo del rapto de Sarracina secundando los planes de Muza; se insiste en las prendas del Maestre como piedra de toque con la que probar el valor de los moros:

El que al Maestre no ha dado
bote de lanza o flechazo
entre las bermejas cruces
con valientes no se junte

hasta que al fin, este mismo Romancero hace morir a don Rodrigo Girón entre un tumulto de nombres y motivos en los que no cabe descubrir ni un leve asomo de verdad:

Mira el cuerpo casi frío
del malogrado mancebo
el valiente moro Muza,
Rey de Granada y su reino
que está despidiendo el alma
Maestre de Calatrava,
que era hermano de Abenámar,
y señor del Alpujarra.

Por desgracia, la historia no goza de tan buena memoria, y conserva menos cosas y no tan amables del Maestre. Sabemos —¡cuán pronto lo olvidó la poesía!— que, en sus primeras andanzas, cuando todavía no era fiel vasallo de los Reyes Católicos, asaltó Ciudad Real: allí degolló a todos los defensores y arrancó la lengua a la gente plebeya; recuerda la historia que don Rodrigo nunca estuvo en Santa Fe, ni venció al moro Aliatar; antes bien, Aliatar, sí, se llamaba el caudillo de Loja el día que el Maestre se perdió para siempre; no hubo poéticas conversiones en su muerte, ni los moros le acompañaron en el tránsito: un escudero de Avila —Pedro Gasca— recogió el cuerpo moribundo de don Rodrigo Girón.

"En aquella pelea —son palabras de Hernando Pulgar— murió el Maestre de Calatrava de dos saetadas que le dieron. Fue la una por baxo del brazo, por la escotadura de las corazas, tan mortal que incontinente fue a caer del caballo, como cayera, si no porque Pedro Gasca, caballero de Avila, que iba a su lado, se abrazó con él, e le tomó, e llevó ansi fasta su aposento, donde murió dende poco. Desta su muerte pesó mucho al Rey e a la Reina, e comúnmente a todos que le conoscian, porque era mozo, e de poca edad, e buen caballero, e de buenos deseos."

Aquel 3 de julio de 1482 el Maestre de Calatrava tenía veintisiete años.

LA ALPUJARRA.

Todavía el romancero tradicional aporta nombres y gestas a su contemporánea la historia. El valor de don Manuel Ponce de León y su temeraria osadía merecieron mejor suerte de la que les cupo. Después de la rendición de Granada, se pierde en los libros de historia el airón desafiante de su gesto. De vez en cuando su fugaz aparición en un romance tardío. Para sí diría lo del otro: ¿leoncitos a mí?, y corregiría el refranero: entre leones no se muerden. Quedan, todavía las hazañas verdaderas de Pulgar y las fingidas de Garcilaso, pero esto tomó el camino del teatro y el primer Lope repitió por dos veces la misma historia en las tablas. Y quedarían aquellos granos —Loja, Baza, Guadix—, que iban cayendo de la granada. Pero hoy, para mi objeto, sólo interesan las narraciones que adelgazadas hemos de ir encontrando en una andadura de casi doscientos años. Me fijo, sólo, en lo ejemplar. Abeciamar o la primera luz —llena de esperanza— de Granada, Alhama o el sesgo quebrado ya de un destino, don Rodrigo Girón —cara o cruz de una fortuna— con su buenandanza literaria. Caminos todos abiertos hacia el futuro. Todas las empresas recogidas y ampliadas en la literatura posterior: Ginés Pérez de Hita, el *Romancero General.* Y, a cada nueva singladura por los mares de la poesía, la luz suave de fondo, de una Granada —aún hoy— inasible.

AÑAFILES DE PLATA

El último día de mayo de 1526, Andrés Navagero escribe desde Granada la carta que lleva el número V. Hay en ella muchas cosas que interesan —desde esta lejanía de cuatrocientos años— a la historia de la ciudad. Allí se escribe:

> "A más de estos estímulos [el heroísmo de los combates singulares], la Reina con su corte lo fue grandísimo; no había caballero que no estuviese enamorado de alguna dama de la corte, y como estaban presentes y eran testigos de cuanto se hacía, dando con su propia mano las armas a los que iban a combatir, y con ellas algún favor, o diciéndoles palabras que ponían esfuerzo en sus corazones, y rogándoles que demostrasen con sus hazañas cuánto les amaban, ¿qué hombre, por vil que fuese y por cobarde y débil, no había de vencer tras esto al más poderoso y valiente enemigo, y no había de desear perder mil veces la vida antes que volver con vergüenza ante su señora? Por esto se puede decir que en esta guerra venció principalmente el amor."

En tiempos de Navagero estaba terminado el retablo de la capilla real y, al contemplar el sotabanco del lado del Evangelio, pudo ver el embajador veneciano los relieves de la entrega de Granada. En el campo moro, guerreros vencidos; en el cristiano, junto a soldados y clérigos, una teoría de cabezas femeniles. Demasiadas mujeres en cosas de hombres. Acaso aquellas que consiguieron vencer en batallas de amor.

Desde las filas cristianas, sólo tal o cual retazo de los cronistas abona la hipóstesis de Navagero, su apunte se vio cumplidamente desarrollado para la vida granadina en la novela de Ginés Pérez de Hita. Los últimos días del reino nazarí no fueron otra cosa, según ellos, que una abigarrada mezcla de combates singulares y brillantes fiestas de amor. Y por amor llegó la ruina de una dinastía que inmolaba con ojos ciegos a sus mejores soldados. Si en el bando de Boabdil no venció el amor, le dio, al menos, la brillante pirotecnia con que acompañó su despedida.

Creo que no se han valorado cumplidamente los elementos que forma la famosa novela. Se ha dicho de su falta de rigor histórico, y todavía quedan por anotar muchas cosas; se ha hablado —superficialmente— del mundo romancesco incorporado a la narración y se ha comentado la idealización poética de estas *Guerras de Grana-*

da. Creo, sin embargo, que las cosas sólo han sido entrevistas. Algo del proceso de su creación y algo de su técnica novelesca me va a ocupar ahora.

Todo aquel mundo brillante que pasa ante nuestros ojos en una fantástica cabalgada estaba presupuesto, ya, en las crónicas y en los romances fronterizos. No creo —con Blanchard-Demouge— que, por la vida pacífica en común, "los españoles se familiarizaron con las costumbres y tradiciones moriscas, mejor que lo habían hecho en ocho siglos de luchas", la historia de nuestra cultura en esos siglos de lucha estuvo transida por las formas de vida árabe. Lo que pasó fue otra cosa: cuando la ficción poética vino a dar capacidad de anonimato a los poetas, éstos buscaron ropajes bajo los que encubrir su cotidiana personalidad, y se ocultaron bajo los pastoriles pellicos, de intención clasicista, o bajo los moriscos albornoces, más próximos a nosotros y más dentro de una tradición literaria hispánica. No se puede olvidar el entroque del "nuevo romancero" con los romances fronterizos del siglo XV, y no se puede olvidar tampoco el eco emocionado que para las gentes españolas dejó el reinado de los Reyes Católicos.

En torno a Granada se tejió la urdimbre de todos estos amores y de todos los brillos de estos oropeles: las mismas palabras que Dozy dedicó a Al-Motamid podrían ser referidas a la ciudad: "Por esto fue objeto de una especie de predilección, como el más joven, como el último de los reyes poetas que reinaron en Andalucía. Se le lamentaba y se le echaba de menos más que a otro alguno, casi excluyendo a los otros, como la última rosa de la primavera, los últimos hermosos días del otoño y los últimos rayos del sol que se hunde en el ocaso." Del mismo modo, Granada, baluarte último en un paisaje incomparable:

VEGA DE GRANADA.

Entre las tierras del mundo
Granada no tiene igual.
¿Qué valen, junto a Granada,
Egipto, Siria e Irac?

Cuando Ginés Pérez de Hita publica la primera parte de su novela (1595), Pedro de Moncayo había impreso ya su *Romancero* (1589), en el que *Las Guerras de Granada* adquirieron documentación novelesca. Muy poco antes, de 1575 a 1585, había nacido el linaje de los romances moriscos, nueva poesía que para el último cuarto de siglo XVI viene a valer tanto cómo para la edad heróica la epopeya de los siete Infantes de Lara o los romances fronterizos en los días del asedio de Granada. Ginés Pérez de Hita no inventó el género; él, sin embargo, acertó a darle difusión. Este material poé-

tico y algo de la historia que suministraban los cronistas formaron la trama de su memorable novela. Después la andanza fue fácil, el libro obtuvo un halagüeño éxito y los romances moriscos de tema granadino proliferaron como amapolas en trigal; los autores de comedias recurrieron al anecdotario de estas *Guerras* y todavía hace unos años —en el siglo XIX— eran para nuestros novelistas manadero de erudición.

RETRATO DE BOABDIL.

Creo que el grande acierto de Pérez de Hita estuvo en la variedad de los motivos que vinculó a su narración, sin pensar para nada ni en anacronismos ni en históricas verdades. Por eso su novela no puede ser llamada histórica en sentido estricto; para serlo le falta unidad —en los motivos y en el tiempo—, pero la materia del libro ha sido historiable en un sentido amplio —auténtico acaecer de hechos, ficción literaria—; nos encontramos ante retazos de materia histórica —real o fingida—, y el antiguo soldado les dio una categoría superior: la de su arte de diestro narrador, que bien valía el mundo que no creó. Pienso en lo que hoy llamaríamos sentido comercial, y recuerdo alguna película en la que Pedro el Ermitaño y Ricardo Corazón de León van juntos en una misma cruzada. Esto es lo que hizo Pérez de Hita: tomó romances fronterizos y los unió a otros muy recientes, o a alguno de su propia minerva; recordó la historia de Galiana, las desdichas de los Abencerrajes y alguna victoria ruidosa como la toma de Alhama o la batalla de los Alporchones; leyó un poco de historia auténtica, esuchó alguna narración y observó el terreno en su campaña de soldado. Cuando tuvo agrupados hechos tan dispares, dioles unidad bajo el marco poético de la Granada de Boabdil. Creo que sólo así se iluminará el proceso elaborador de las Guerras Civiles, cada episodio tiene su "verdad", que puede o no coincidir con la histórica, vinculada a la exigencia narrativa del momento.

Menéndez Pelayo, el primero en tantas cosas, señaló con certeza la originalidad del libro de Pérez de Hita al narrar la conquista de Granada desde el campo musulmán. El romance de la pérdida de Alhama es un buen antecedente para este tipo de narración —como en otro sentido podía serlo el capítulo en que Hernando del Pulgar cuenta la ruina de Málaga—; vemos la ciudad mora, sus gentes, sus lamentaciones, el desasosiego del rey que

Mandó tocar sus trompetas,
porque lo oyesen los moros,
sus añafiles de plata,
que andaban por el arada.

¡Ay de mi Alhama!

Cuatro a cuatro, cinco a cinco,
Allí habló un viejo Alfaquí,
¿Para qué nos llamas, rey
—Para que sepáis, amigos,
juntado se ha gran compaña.
la barba vellida y cana:
a qué fue vuestra llamada?
la gran pérdida de Alhama.

¡Ay de mi Alhama!

Bien se te emplea, buen rey,
mataste los Bencerrajes,
cogiste los tornadizos
Por eso mereces, rey,
que te pierdas tú y el reino
buen rey, bien se te empleara;
que eran la flor de Granada;
de Córdoba la nombrada.
una pena muy doblada,
y que se acabe Granada.

¡Ay de mi Alhama!

Pues bien, este romance sugiere no sólo los reflejos —suaves, remotos— de unos cantos elegiacos, sino que, en su visión de la ciudad antes de la conquista, encierra, implícitamente, unos senderos que van a ser lugar común de toda la literatura morisca durante siglos, y en primer lugar de las *Guerras civiles* de Ginés Pérez de Hita. Calle de Elvira arriba, calle de Elvira abajo, veremos pasar Zegríes y Abencerrajes, Mazas y Gomeles: desde Bibarrambla por el Zacatín, camino de la Alhambra, las calzadas se poblarán de verdes libreas, marlotas de tafetanes y morados capellares. Vestidos moriscos que en su primera aparición van a deslumbrar la España de finales del siglo XVI, pero que en una u otra forma habían tomado ya parte en nuestra literatura. Un estudio de las crónicas castellanas nos informaría de aspectos comunes a los que conocemos para el mundo granadino. El cura de los Palacios nos ha legado alguna descripción que nada tiene que envidiar a las más brillantes de Ginés Pérez de Hita o del *Romancero general:*

> "Venía la Reyna en una mula castaña en una silla andas guarnecidas de plata dorada; traía un paño de carmensí, de pelo, y las falsas riendas y cabezadas de la mula eran rasas, labradas de seda, de letras de oro entretalladas, y las orladuras bordadas de oro; y traía un brial de terciopelo, y debajo unas faldetas de brocado y un capuz de grana; vestido guarnecido morisco, e un sombrero negro guarnecido de brocado al derredor de la capa y ruedo... El rey tenía vestido un jubón de demesín, de pelo, e un quisote de seda rasa amarillo y encima un sayo de brocado, y unas corazas de brocado, vestidas, e una espada morisca ceñida muy rica, e una toca, e un sombrero, y en cuerpo en un caballo castaño muy jaezado..."

LA MADRAZA.

TOMA DE ALHAMA
(SILLERIA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO)

SIERRA NEVADA.

El romancero, por su parte, atestigua el paso de versiones narrativas a otras meramente descriptivas, como en la deliciosa *Misa de amor,* miniatura del atuendo de una dama, sin cabida para ninguna otra circunstancia.

Cuando la conquista de Granada está ya muy lejos, el *Romancero General* recrea a su placer y modo una ciudad nazarí, irisada por los reflejos de las telas preciosas, de la pedrería deslumbrante y de los metales refulgentes:

En dos yeguas muy ligeras
de blanco color de Cisne,
se pasean en Granada
Tarfe y el rey de Belchite;
con bandas verdes y azules
los gallardos cuerpos ciñen,
cubiertas de naranjado
que el verde no se divise;
marlotas y capellares
moradas y carmesíes
bordadas de plata y oro
y esmeraldas y rubíes;
los almayzares leonados,
color congoxosa y triste,
plumas negras y amarillas,
porque sus penas publiquen...

MIRA ZAYDE

El uso de los romances por Ginés Pérez de Hita no se reduce a ornar con ellos los apretados renglones de su prosa, sino que le sirve de fuente y justificación para sus narraciones. Fijémonos en una: en el capítulo VI de la novela, se cuentan los amores del valeroso Zaide con la hermosa Zaida. Toda Granada se hace lenguas del amartelamiento, la familia intenta apartar a la doncella de estos devaneos y la promete en casamiento a un moro rico de Ronda; Zaide para conocer la inclinación de su amada, se dedica a pasearle la calle con pretensiones de hablarle. La incertidumbre llenaba la pena a este valiente Zaide. Abencerraje de linaje, que "unas veces vestía negro sólo; otras veces negro y pardo; otras de morado y blanco, por mostrar su fe; lo pardo y negro por mostrar su trabajo. Otras veces vestía azul, mostrando divisa de rabiosos celos; otras de verde por significar esperanza; otras veces de amarillo, por mostrar desconfianza, y el día que se hablaba con su Zaida se ponía de encarnado y blanco, señal de alegría y contento". Aparece el moro Tarfe, desleal a las confidencias de Zaide y sembrador de cizaña entre los amantes. Una vez descubierta la ligereza, Tarfe muere en el acero de Zaide. Todo esto —lo dice Ginés Pérez de Hita— sirvió de argumento a varios romances que por Granada se cantaron.

Lo más notable del caso es que ni Méndez Pelayo, ni Blanchard-Demouge, que se ocuparon de la novela, se dieran cuenta de que todas estas peripecias son un fragmento, no demasiado edificante, de la vida de Lope de Vega. La historia se contó, a vuelta de otras andanzas, en *La Dorotea;* romances, acción en prosa y documentos de leguleyos han permitido reconstruir unos años de aquella vida turbulenta. Durante casi un lustro, Lope de Vega había mantenido relaciones con la comedianta Elena Osorio, casada, no mujer, del representante Calderón; apareció un pretendiente poderoso, don Francisco Perrenot, y el poeta sin bienes fue desplazado; no sin que antes Elena le hubiera dado pruebas de fidelidad y el futuro Fénix se hubiera avenido a ser copartícipe de las gracias de Filis. La ruptura llenó de despecho al poeta: libelos contra el padre, la madre, la tía, el hermano de la comedianta y contra la Osorio misma. Sátiras en latín macarrónico y romances en jugoso romance. Al fin, detención del poeta, proceso por injurias, reincidencia en la difamación y sentencia condenatoria. Entre tanto, los últimos fuegos de aquel amor en una colección de romances moriscos, "Por la calle de su dama", "Bella Zaide de mis ojos", "Mira Zayde, que te aviso", "Di, Zaida, de qué me avisa", que sirvieron a Pérez de Hita para urdir un capítulo de su novela. ¡Lástima que toda esta historia ocurriera en la calle de Lavapiés, en tiempos de Felipe II, y no en la Granada de Boabdil! Sin embargo, no le faltaba olfato: bien se podían llevar a Granada los frutos, si del árbol que los daba pudieron decir:

pues que de la secta mora
las cerimonias enseña
disfrazadas en romance,
señal que deciende de ellas.
.....
y para mi yo lo creo
porque su rostro demuestra
haber nacido en Granada
y criádose en la sierra.

No contento Pérez de Hita con el fruto que sacaba a los amores de nuestro Lope, intentó algo más: con lenguaje de silogismos, diríamos que le negó la mayor. Lo que

nos faltaba: el autor de estos y otros romances no conocía verdad de los amores; ¡y era Lope! Y así, al transcribir el romance de *Sale la estrella de Venus,* dice sin ningún empacho: "El que lo hizo no entendió la historia". Todo esto son pecados menores que se explican desde dentro de la novela. Si en una ocasión se localizan en Almería los romances de Galiana, nuestro Pérez de Hita se cura en salud: "Este romance lo dizen de otra manera, diziendo que Galiana estaba en Toledo. Y es falso, porque la Galiana de Toledo fue grandes tiempos antes que los Abenamares viniessen al mundo". La razón del anacronismo o de su indiferencia ante él me parece explicada en algo que he señalado hace bien poco: lo importante es la unidad intencional del poeta y de su estilo. ¿Qué más dan los años de Galiana y su afincamiento? Salgamos del paso: hubo dos Galianas: y, si se nos pone en trance, la de Toledo es la falsa, pero sus romances se incorporan a la narración granadina.

FINAL

Anteriormente he señalado cómo en las trece partes del *Romancero General* (1600-1605) vive una teoría interminable de moros, ropones moriscos y zambras. Contra toda esta tramoya reacciona un tradicionalismo histórico que, en el Romancero Viejo, procura la salvación del espíritu nacional. Con la reacción, desaparece Granada de la literatura romancesca. Y, como en los fuegos artificiales, la pirotecnia acabó en una explosión violenta: los moriscos fueron expulsados. Con la traca final, callaron los cantos granadinos.

Cuando se pierde la voz del nuevo romancero, Granada continúa la guarda cuidadosa de sus secretos para desvelarlos a la luz de una época romántica. Hemos asistido al destino singular de una ciudad en doscientos años de literatura. En torno a ella se formó un mundo caballeresco que hizo interpretar caballerescamente la vida cotidiana: cuando el espíritu bélico cumple su misión, Granada queda como airón ejemplar de una edad heroica; más tarde, contra el pastoreo a la italiana, se alza la voz nacional: valen más los botes de lanza que los pastoriles cayados y menos el pellico que el broquel. Se ha cumplido —son muchos esos casi doscientos años— una larga misión. Después, el descenso, y, para siempre ya, el eco fulgurante de una ciudad que el romancero nos dejó esculpida casi sin palabras:

¡Ay mi ciudad de Granada,
sola en el mundo, sin par!

FASCICULOS PUBLICADOS:

1. LA ALPUJARRA
Joaquín Bosque Maurel

2.—COSTA DEL SOL GRANADINA
Andrés Soria

3.—CASA DE LOS TIROS
Antonio Gallego Morell

4.—TOROS EN GRANADA (I)
Lorenzo Ruiz de Peralta y Anguita

5.—GASTRONOMIA GRANADINA
Antonio Gallego Morell

6.—CARMENES DE GRANADA
Luis Seco de Lucena Paredes

7.—CASA-MUSEO "MANUEL DE FALLA"
José Luis Kastiyo

8.—SACROMONTE GITANO (I)
Eduardo Molina Fajardo

9.—FUENTES DE GRANADA
Julio Belza

10.—ALCAZABA Y TORRES DE LA ALHAMBRA
Jesús Bermúdez Pareja

11.—LA CAPILLA REAL DE GRANADA
José Manuel Pita Andrade

12.—PALACIOS DE COMARES Y LEONES
Jesús Bermúdez Pareja

13.—CANTE JONDO GRANADINO
Eduardo Molina Fajardo

14.—LA CARTUJA DE GRANADA: EL SAGRARIO
Emilio Orozco Díaz

15.—SIERRA NEVADA
Joaquín Bosque Maurel

16.—MUSEO ZABALETA
Cesáreo Rodríguez Aguilera

17.—LA CARTUJA DE GRANADA:
IGLESIA Y MONASTERIO
Emilio Orozco Díaz

18.—PLAZAS DE GRANADA
José G. Ladrón de Guevara

19.—LA CATEDRAL DE GUADIX
Carlos Asenjo Sedano

20.—PINTORES GRANADINOS (I)
Marino Antequera

21.—LA CARTUJA DE GRANADA: LA SACRISTIA
Emilio Orozco Díaz

22.—CORPUS EN GRANADA
Andrés Soria

23.—HOSPITAL REAL
Concepción Félez Lubelza

24.—LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS
Marino Antequera

25.—UBEDA, CIUDAD DEL RENACIMIENTO
ANDALUZ
Juan Pasquau

26.—MARIANA PINEDA Y EUGENIA DE MONTIJO
Antonina Rodrigo

27.—PINTORES GRANADINOS (II)
Marino Antequera

28.—SEMANA SANTA GRANADINA
Manuel Gallego Morell

29.—CERCAS Y PUERTAS ARABES DE GRANADA
Luis Seco de Lucena Paredes

30.—EL GENERALIFE
Jesús Bermúdez Pareja

31.—EL CASTILLO Y LAS MURALLAS DE JAEN
José Chamorro

32.—PINTORES GRANADINOS (III)
Marino Antequera

33.—EL JARDIN HISPANO-MUSULMAN
Francisco Prieto Moreno y Pardo

34.—EL VALLE DE LECRIN
Francisco Villegas Molina

35.—TOROS EN GRANADA (II)
Lorenzo Ruiz de Peralta y Anguita

36.—EL MUSEO DE BELLAS ARTES (I) Escultura
Emilio Orozco Díaz

37.—GANIVET Y GRANADA
Antonio Gallego Morell

38.—UN SIGLO DE LA GUITARRA GRANADINA
Manuel Cano Tamayo

39.—CRUCES DE GRANADA
Saturnino Colina Munguía

40.—CAZORLA, CIUDAD DEL ADELANTAMIENTO
Lorenzo Polaino Ortega

41.—FESTIVAL INTERNACIONAL
DE MUSICA Y DANZA
Antonio Gallego Morell

42.—FALLA Y GRANADA
Manuel Orozco Díaz

43.—EL MUSEO DE BELLAS ARTES (II) Pintura
Emilio Orozco Díaz

44.—LA VIDA DE LA VIRGEN DE ALONSO CANO
EN LA CATEDRAL DE GRANADA
Emilio Orozco Díaz

45.—EL MUSEO DE BELLAS ARTES
(III) Artistas contemporáneos
Emilio Orozco Díaz

46.—EL PARTAL Y LA ALHAMBRA ALTA
Jesús Bermúdez Pareja

47.—GARCIA LORCA Y GRANADA
Andrés Soria

48.—ARTESANIA GRANADINA
Enrique Pareja López

49.—BAEZA, DEL RENACIMIENTO A HOY
Vicente Oya Rodríguez

50.—EL SAGRARIO DE LA CATEDRAL
DE GRANADA
Encarnación Isla Mingorance

51.—LOS RIOS DE GRANADA
Saturnino Colina Munguía

52.—LA TUNDRA DE SIERRA NEVADA
Pablo Prieto Fernández

53.—LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
Antonio Gallego Morell

54.—EL CASTILLO DE LA CALAHORRA
Carlos Asenjo Sedano

55.—LA CARRETERA MAS ALTA DE EUROPA
José Martín Aivar

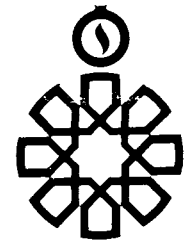
56.—ALCALA LA REAL, LLAVE DE CASTILLA
EN LA FRONTERA DE GRANADA
Domingo Murcia Rosales

57.—JAEN Y EL ROMANCERO
Manuel Alvar

58.—GRANADA Y EL ROMANCERO
Manuel Alvar

EN PREPARACION:

—LAS CUEVAS DE GUADIX
C. Asenjo Sedano



OBRA CULTURAL DE LA

CAJA GENERAL DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE GRANADA

Precio: 60 Ptas.